

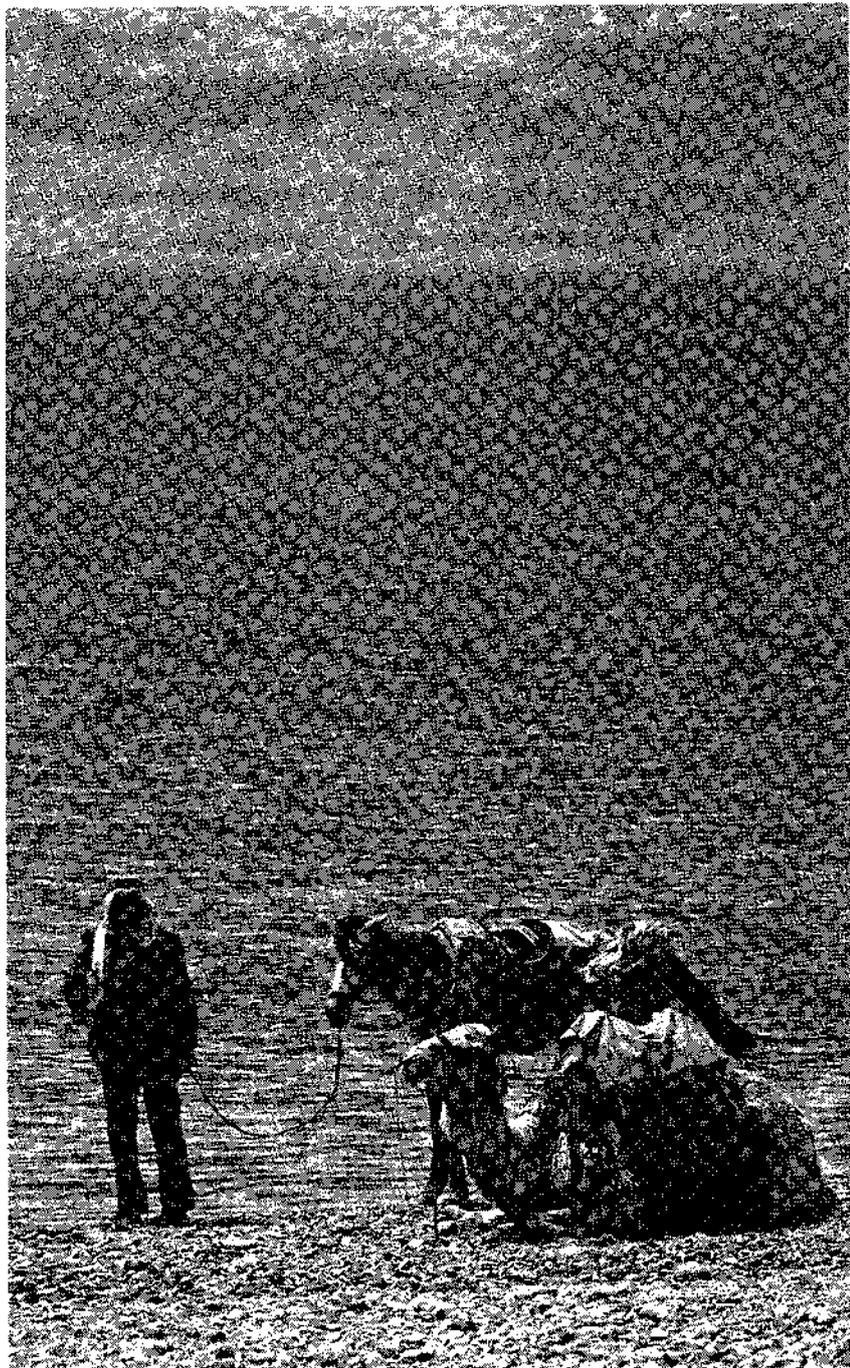
Todos hijos de Abraham

ANDRE
CHOURAQUI

La Tora, el Nuevo Testamento y el Corán se basan en una misma evidencia: la Universalidad de lo real es una, puesto que su Creador es único. Por definición, los hombres son hermanos y hermanos del cosmos dado que el mundo ha sido creado y no es eterno. De aquí la unidad esencial de los textos fundacionales, fuentes vivas del judaísmo, del cristianismo y del islam. De aquí también la fuerza de un «Llamamiento» que funde y mantiene vivo a Israel en las vicisitudes de su historia y reúne en torno a Cristo y a Mahoma a una gran parte de la humanidad.

El mensaje de los profetas le recuerda, constante e imperiosamente, al hombre la necesidad que tiene de regresar, de volver vitalmente a la unidad de su ser fundido, asumido en la unidad de la creación engendrada por la transcendencia de un Creador único, fuente de todo ser, de toda vida. El Elohim

El Mar Muerto es el punto más bajo de la superficie terráquea: el nivel del agua se encuentra a 400 metros y su fondo a 800 metros debajo del nivel del mar.



de Israel, el Dios de Jesús, el Alá del Islam, no lo olvidemos nunca, es la causa única y exclusiva del mundo en el que nacemos, vivimos y morimos y cuyo misterio impenetrable tratamos de descubrir. Tres testamentos complementarios tejen también para la familia abrahámi-ca, la trama no de un sueño sino de un proyecto, el de la Alianza de los pueblos universalmente unidos en la unidad de la divinidad trascendente que funda su existencia y guía sus vidas.

Un soplo, considerado celestial, inspira en los labios de los profetas y de los apóstoles el mensaje, único en su esencia, de las tres religiones reveladas, tan dependientes unas de las otras. Todas ellas contribuyen a definir el lenguaje de la humanidad, a forjar sus ideales, a construir lo mejor de sus civilizaciones, de su historia, de su arte. Los Hombres de Dios beben así de Una misma fuente, la de lo «Único, lo Inefable, que cantan en hebreo, en las comunidades orientales u occidentales de Israel, en latín, en griego, en francés y otras lenguas de la cristiandad, en las iglesias, así como en árabe en las mezquitas y en las «zaouias» del Islam, del mundo entero. Unidades en sus orígenes, para lo esencial de sus escritos y de la divinidad que anuncian, las religiones abrahámicas lo están también en su esperanza mesiánica de un hombre nuevo que vivirá sobre una tierra y un cielo nuevos. Aspiran al fin de toda guerra, a la paz universal que el profeta anunció hace tres milenios: un tiempo en el que «los hombres convertirán sus armas en arados y no aprenderán más el arte de la guerra». Por lo que conocemos del estado actual del planeta, el fracaso de esta esperanza parece evidente.

Si las raíces de la Biblia, de los Evangelios y el Corán son celestiales, las religiones que emanan de sus mensajes son terrestres. Tres troncos han nacido de su raíz, alimentada por la misma savia de una misma divinidad (la Única), tres familias espirituales han surgido, han emprendido la misión imposible de encarnar sobre la tierra un mensaje divino, pero ¿qué queda de sus esfuerzos seculares?

La historia de los Hijos de Abraham es la de una larga guerra fratricida, más inadmisibles que las otras puesto que se hace en nombre de un Dios de paz, de justicia y de amor. Deseosos de realizar «así en la tierra como en el cielo» el proyecto de la Alianza de los pueblos, estos hombres alzados los unos contra otros parecen haber olvidado su misión al convertirse en combatientes de la peor de las guerras, la cometida en nombre de un Dios de amor y justicia. Guerras intestinas, en primer lugar, que enfrentan a judíos contra judíos, cristianos contra cristianos, musulmanes contra musulmanes. Guerras exteriores también, más sospechosas todavía, en las que vemos cómo se enfrentan cada una de estas tres comunidades religiosas, furiosamente alzadas en armas las unas contra las otras. Y eso que hemos conocido guerras. Los hebreos, enfrentados a las naciones para sobrevivir, se levantan también contra los faraones y los nabucodonosores de todos los países. No reparan en destruirse mutuamente mediante sectas. Saduceos, fariseos, zelotes, esenios han sido eliminados de la escena histórica por los romanos, luego confinados en guetos y en «mellan» hasta su resurrección contemporánea.

El cisma entre la Iglesia y la Sinagoga, nacido con el cristianismo, está lejos de resolverse a pesar de los tímidos intentos hechos desde Vaticano II. Este conflicto fratricida enfrenta a los hijos de un mismo Elohim —el Dios de Abraham y de Jesús—. Alimentados por las mismas estructuras se debaten desde sus orígenes en un ciclo mortal de discriminaciones, persecuciones,

*L'US raíces y el
tronco'*

*«Los hombres
de Dios»*



segregaciones, deportaciones, no dudando en llegar, en los períodos de crisis, a carnicerías y exterminios. La enseñanza del desprecio contribuye a hacer de los judíos un pueblo de parias errantes en busca de un improbable descanso antes de caer en las garras de la «Shoah» (el Holocausto), y luego resucitar en el seno de un Estado que sorprendentemente la Santa Sede no ha reconocido todavía de modo pleno.

Desde el nacimiento del islam, también cristianos y musulmanes se enfrentan sin piedad. La rápida expansión de esta nueva religión atemoriza a los reinos cristianos amenazados por Turquía desde el Este y por España desde el Oeste. El Corán, revelado en la Meca y en Medina entre el 610 y el 632, no es descubierto por Pedro el Venerable, abad de Cluny, hasta cinco siglos más tarde. Su primera traducción al latín fue llevada a cabo en 1143. La cristiandad amenazada no ve en el texto más que una impostura y a Mahoma como un impostor.

Esta guerra, de inspiración religiosa, se prolonga en las Cruzadas, después en conflictos coloniales donde la Cruz y la Media Luna se enfrentan, mientras que, a su sombra, los judíos tratan de sobrevivir a los exilios. «Los hombres de Dios», de buen o mal grado, están implicados en estos dramas. Los vemos en los campos de batalla bendiciendo a sus soldados que luchan en la mayor gloria de Dios, un Dios único, el mismo para todos. Los musulmanes excluyen a los judíos y a los cristianos de la casa del islam donde son reducidos al estado de *dhimmi*, condición humillante tanto para el protegido como para el protector.

*Fuera
de la ciudad
cristiana*

Los cristianos expulsan a los musulmanes de los países cristianos, y también a los judíos, sobre todo después de la gran expulsión de 1492, de la que pronto se conmemorará el V Centenario. Los judíos serán reducidos en la cristiandad al estado de parias, acusados de ser un pueblo pérfido, y peor: ¡deicida! En este trío de hermanos nacidos de un mismo Padre, cada uno de los tres tiene de los otros una imagen demoníaca. Siglo tras Siglo, aumenta el odio a medida que la sangre se derrama. A los enfrentamientos cotidianos de judíos, cristianos y musulmanes en todas partes donde el destino los hace encontrarse, siguen los combates sangrantes de sus guerras de conquista, la del Islam en España, luego en Turquía, las Cruzadas acompañadas de múltiples exterminios de judíos y musulmanes,

luego la reconquista cristiana por las guerras coloniales que ensangrientan la tierra en casi todas las latitudes. A estas guerras de conquista suceden las de liberación, con innumerables víctimas en todos los bandos, que continúan haciéndose al grito de *Dieu et mon Droit*, así como el de *AláAkbar* (Alá es todopoderoso).

Fuera de la ciudad cristiana y de la Casa del Islam, en Asia y en África la guerra es más implacable cuando enfrenta a los seguidores de Cristo y de Mahoma, a los politeístas o a los que se llaman idólatras o ateos. Estos son completamente aniquilados en todas partes, desde las cumbres de la Cordillera de los Andes hasta los confines de Asia o de África. La Biblia y el Corán dicen que Elohim es UNO. Los teólogos transformaron esta sublime afirmación de la Unidad trascendente de lo real en el deber criminal de exterminar a los pueblos que no sirven al Dios verdadero, es decir, a la idea que de El se hacen unos u otros. De ahí los odios milenarios que enfrentan a los creyentes y suscitan guerras que los matan y los deshonran. Aunque sea trágicamente verdadero, este análisis no puede pasar por alto las excepciones, tanto más gloriosas cuando la situación general es más sombría. La más notoria si sitúa precisamente en España desde el siglo IX al XIV, en las «horas doradas» de la civilización española. En esta época feliz, musulmanes, cristianos y judíos, dejando al lado sus diferencias, se unen en la trascendencia amorosa de su Dios y de los valores más altos de su cultura espiritual.

Esta consistente experiencia prueba por sí sola que las religiones, generadoras de tanto heroísmo, de tanta belleza y tanta santidad no son fatalmente factores de persecuciones y de guerras. De estas últimas no son tanto las religiones las culpables si no los hombres que se sirven de ellas en beneficio de sus intereses egoístas y de sus ambiciones, que declaran sagrados. Dios es de este modo movilizado bajo la bandera de las naciones o de las iglesias enemigas.

Incluso el honor de tal pasado se refleja en la historia de Jerusalem, ciudad santa de las tres religiones abrahámicas, la ciudad más desgarrada y más ensangrentada del mundo, más de cuarenta veces conquistada y reconquistada por numerosos conquistadores, incluidos los cruzados, después de una masacre histórica de musulmanes y judíos. Desde mayo de 1984, convertida una vez más en la capital del Estado de Israel, cada vez se la disputan más los hijos de Abraham. Los musulmanes y los cristianos se empeñan en arrebatarse la soberanía a un Israel resucitado para restablecer en ella la suya propia. La mayoría aún no se ha dado cuenta de la resurrección de aquel al que Juan Pablo II llama «el Hermano primogénito y preferido», negándose así a reconocerlo.

Setenta años de guerra contra el renacido Israel para impedirle salir de la tumba, sólo han conseguido la ruina de sus enemigos. La guerra del Golfo, que debía aplastar a Sión resucitado, no ha logrado más que el aniquilamiento de su peor enemigo, ese Nabokonodosor moderno cuya locura ha convertido en mártir a su propio pueblo, como a los kurdos por él gaseados, como a los iraníes, como a los kuwaitíes, como a los fanáticos palestino, a quienes la impaciencia de Arafat ha arruinado políticamente. Jerusalem debe necesariamente dejar de ser la ciudad de la discordia para convertirse en centro universal de reconciliación. Los judíos, los cristianos y los musulmanes, en lugar de continuar destrozándose unos a otros deberán dejar sus disputas para dar ejemplo de una verdadera reconciliación. Esta podría lograrse inmediatamente en el marco de una federación jordano-palestina cu-

*La dudad más
desgarrada del
mundo*

*Encerrados
en un mundo
imaginario*

ya capital sería Ammán, asociada a una confederación medio-oriental cuyo centro sería Jerusalem, capital de Israel y de las religiones que tienen en ella sus raíces.

Durante siglos, el judaísmo, el cristianismo y el Islam se han enfrentado cruelmente en guerras cada vez más sangrientas. La hora de la reconciliación parece haber sonado, porque sin ella Occidente, con una diáspora de millones de musulmanes, conocerá la más grave de sus crisis.

Hombres nuevos deberán alzarse para poner fin a estos escándalos criminales y a estos conflictos suicidas. Las imágenes disociadas de su realidad, las palabras despojadas de sentido, se vuelven contra el hombre y lo empujan a la muerte. El mandamiento del Sinaí: «Tú no te harás imágenes de lo que está en los cielos en alto, sobre la tierra, bajo las aguas bajo tierra» (éxodo, 20.4), es vertiginosamente violado por ese universo mediático. Este, por sus abusos, tiende a encerrarnos en un mundo imaginario que pretende suplantar la realidad de los hechos, la verdad del hombre.

Pero los hechos reales triunfan sobre lo imaginario cuando el muro de Berlín se hunde a la vez que las murallas del Kremlin, cuando los dictadores desaparecen en los países del Este, cuando los pueblos se rebelan contra los Jefes de Estado que cultivan las artes de la guerra más que al arte de la paz. Un mundo nuevo aspira a nacer del exceso mismo de las amenazas que pesan sobre el futuro del planeta. En el plano religioso el Concilio Vaticano II ha comenzado el progreso de una verdadera reconciliación entre las religiones de Occidente y las de Oriente. Se divisan otros avances en la normalización de las relaciones entre las religiones abrahámicas y las procedentes de Asia y África, ya reunidas en Asís, invitadas por Juan Pablo II.

Porque la paz ha dejado de ser un deseo piadoso para convertirse en una exigencia política fuera de la cual no existe posibilidad de que sobreviva la Humanidad. Pero la paz depende de los hombres, de todos los hombres, de sus decisiones, de sus actos. Corresponde a cada uno, en lo más secreto de su conciencia, optar por la vida y no por la muerte. De nuestra elección depende la posibilidad de un suicidio cósmico o el nacimiento de un mundo nuevo, el anuncio de un desarme general que permitiría encarnar en la historia los años de paz de los hombres de Dios. Sus utopías se encarnarán





en la historia cuando los pueblos en masa se lo exigen a sus dirigentes, cuando el hombre reconozca al hombre como su semejante, su hermano. Los hombres de Dios, en particular los cristianos, los musulmanes y los judíos deberán reconocerse plenamente como iguales y como hermanos. Alrededor de Jerusalem deberán caer las murallas al igual que las de Berlín, como las del Kremlin, y deberá nacer en todo el Mediterráneo, como ocurrió en España, una civilización nueva arraigada en los escritos fundadores y portadores, para la Humanidad, de las flores y de los frutos prometidos por profetas y apóstoles.

Su visión podría, debería, realizarse en el marco de una confederación de pueblos —particularmente los de Jordania, Palestina e Israel— integrada en la Unión euro-mediterránea que el Parlamento Europeo quiere conseguir. En los últimos decenios se han concretado miles de utopías. Bastaría hacer inventario para convcernos de que para salvar todas las utopías, y con éstas el planeta, sería suficiente con que se plasmara la utopía de la paz, que tiene casi tres mil años en las colinas de Judea, alrededor de Jerusalem, y con la que soñaban los patriarcas de Israel. Por primera vez en la Historia, más allá de las contingencias, todo está preparado espiritual, política y técnicamente para hacer realidad hoy esa utopía y que bajo los cielos nuevos en los que ya vivimos un hombre nuevo encarna la visión profética de los hombres de Dios, la de la paz. Para que la sagrada liturgia de la creación no desaparezca en un cataclismo nuclear, es necesario hacer realidad la utopía de la paz. Para ello sólo hace falta un acto de fe, el vuestro, en vuestro deseo, en vuestra voluntad, en vuestros actos.

*Una civilización
nueva*

